

en cómo, de la misma manera que Descartes se inspiró en Plauto para urdir un sistema filosófico, Molière hizo lo propio para componer una comedia. El contexto histórico en que el comediógrafo francés estrenó su *Anfitrión* es evocado de manera oportunísima (p. 206); acto seguido (p. 213-214), García-Hernández plantea sesudamente la originalidad de Molière, concluyendo que su *Anfitrión* es una comedia de doble plena —en mayor medida aún que el modelo plautino—, y ello a pesar de una cierta secularización o trivialización de la trama (no exactamente más mundana que la de Plauto, pero sí mundana «de otra manera»: no se olvide que en Molière se va a perder el que es quizá el juego de doble por excelencia de la antropología y de la religiosidad romanas —sin duda anacrónico en el ambiente versallesco—, a saber, el prodigio de poder travestir al Júpiter «óptimo y máximo», por mor de la magia teatral, en una *ridícula* criatura). Al contrario que en la sección dedicada a Shakespeare, donde es particularmente estu-penda la parte dedicada a la estructura actancial, en el capítulo dedicado a Molière brilla mucho más —según mi humilde apreciación— el análisis contrastivo contenido en IV.2, «estructura dramática» (p. 215-244): en el fondo —y nada menos—, se trata de un magnífico ejemplo de comentario de texto.

Cierra *Gemelos y Sosias* un capítulo que versa sobre los tópicos del doble cómico (p. 269-346). En cierto modo, es una sección de conclusiones y de síntesis; pero sólo en cierto modo: el autor ahonda, sin suje-

ción a piezas concretas —sino entrelazando todas ellas—, en las distintas vertientes del tema del doble cómico tanto en el plano estructural como en el semántico. La lista de cuestiones tratadas es lujosa, y constituye una novedad filológica encomiable; sólo reprocharía —aunque el final del capítulo adopta un claro cariz conclusivo— que la discusión debiera haber terminado algo antes bajo forma de conclusiones propiamente dichas e incluso sometidas a enumeración: el lector ha sido obligado sin tregua a saltar de un autor a otro y de una comedia a otra, y el libro no es de fácil asimilación ni para los especialistas en Plauto (que son llevados a terrenos literalmente inexplorados), ni para los especialistas en literatura moderna (en general, demasiado ignorantes de las convenciones propias de la literatura clásica).

Pero digo para terminar, y sin ningún prejuicio, que el profesor Benjamín García-Hernández, ya con su *Descartes y Plauto* (1997), y ahora de manera singular con *Gemelos y Sosias* (2001), merece por derecho propio —tanto más porque él proviene de la lingüística, pero ha demostrado muy alta competencia en temas literarios particularmente relacionados con Plauto— figurar en la nómina de los grandes especialistas en Comedia romana, al lado de figuras como Leo, Fraenkel, Della Corte, Duckwoth, Lefèvre o Questa.

Matías López López

Universitat de Lleida

Departament de Filologia Clàssica,

Francesa i Hispànica

SOLINO.

Colección de hechos memorables o El erudito.

Introducción, traducción y notas de Francisco J. Fernández Nieto.

Madrid: Editorial Gredos, B.C.G., 291, 2001, 598 p.

La *Colección de hechos memorables o El erudito* de Solino forma parte de ese conjunto de fuentes de la antigüedad que sólo precariamente se han sacudido de encima la califica-

ción de obra de segundo rango. Una mirada panorámica sobre las historias de la literatura latina confirma tal aseveración y una buena muestra de ese juicio de valor —de larga dura-

ción, por cierto— es el breve pero revelador dictamen de Ludwig Bieler¹: *compilación sin alma*. Sin duda, toda la crítica desde hace más de un siglo ha estado condicionada, al juzgar el aprecio que merece la obra soliniana, por la sombra alargada de Theodor Mommsen, el editor por antonomasia de Solino, que no ahorró, sin embargo, juicios desfavorables sobre la aportación del autor a la literatura latina: librito sin entidad y obra de un escritor mediocre, prescindible por el mero hecho de poderse leer directamente a Plinio. Su veredicto fue aplaudido, pero sirvió a la vez para que más de uno se sorprendiese de que un investigador de su talla hubiese invertido tantas energías en estudiar la obra de un *copista que chocheaba* (*schwachköpfiger Kompilator*): el sabio alemán y premio Nobel de literatura publicó dos ediciones de la *Collectanea Rerum Memorabilium*, la primera en 1864 y una segunda y definitiva en 1895.²

Sin embargo, hace ya mucho tiempo que sabemos la falacia naturalista que amaga el convertir juicios de valor en cuestiones de hecho y desde hace ya algunos años hay un renovado interés por ese tipo de textos misceláneos o epítomes que nos ofrecen datos a veces procedentes de originales perdidos y nos ayudan a reconstruir el horizonte de expectativas de aquello que en épocas distintas interesó al lector, esto es, nos permite adentrarnos en ese ámbito fascinante de la sociología de la literatura que puede brindarnos la posibilidad de conocer mejor al hombre antiguo y las inquietudes de una época, la cultura latina de época tardía, y «de una sociedad para la que aprender significó entretener y de unos lectores a quienes agradaban los catálogos y las digresiones trufados de todo linaje de materiales» (p. 10). Una compilación de curiosidades etnogeográficas, zoológicas y botánicas inserta en el marco general de una descripción de la tierra que iba a satisfacer durante no pocos

siglos la ávida curiosidad de aquellos lectores fascinados por los *mirabilia* y necesitados de contar con *prontuarios* o *inventarios del mundo*.

La traducción del Dr. Francisco J. Fernández Nieto, catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Valencia, viene a subsanar una carencia ominosa: por un lado, no se vertía a Solino a ninguna lengua moderna desde 1895, fecha de la segunda edición de Mommsen; por el otro, no había disponible ninguna traducción castellana de la *Collectanea* posterior a la de 1573, que vio la luz en Sevilla gracias a la traducción de Cristóbal de las Casas con el título *Julio Solino de las cosas maravillosas del mundo*. Pero los méritos de este nuevo volumen que enriquece la colección de la Biblioteca Clásica Gredos no finalizan aquí. Tan pronto como el lector avance por las páginas de la introducción o se sumerja en las profundidades abisales de las 1469 notas que acompañan a la traducción intuirá súbitamente que se halla frente a un auténtico comentario de la obra soliniana. Quizás la perspicacia de algún lector malicioso le aventure a apostillar que tan gran número de notas son un pretexto para que el traductor dé rienda suelta a una vanidosa erudición, pero ningún otro parecer estaría en este caso más lejano de la realidad o sería más desacertado. Los comentarios del profesor Fernández Nieto están siempre escritos con la precisión del relojero suizo, guiando al lector, como un mistagogo, por una obra temáticamente heterogénea, necesitada ubicuamente de la acotación, del comentario iluminador, del situarnos sobre la pista de una tradición o de engarzar un significativo con múltiples signos que tan sólo un vasto conocimiento interdisciplinar permite desvelar atinadamente. Si se me permite otra analogía de artesano, los comentarios y explicaciones de esta traducción de Solino son obra del

1. *Historia de la literatura romana*, 7ª reimpr., Madrid, 1992, p. 295.

2. *C. Julii Solini Collectanea Rerum Memorabilium*, 1.ª ed., Berlín, 1864; 2.ª ed. corregida y aumentada, Berlín, 1895.

trabajo paciente de un pulidor de lentes, capaz de ampliarnos y acercarnos significados de una obra trabada de intertextualidad. Para todo ello es condición necesaria múltiples lecturas, sosegadas y pacientes, con el reposo suficiente para que puedan ser dotadas de su pleno sentido, estratificadas la una sobre la otra pero a la vez sometidas al dinamismo de la crítica que quiebra cada unidad de estratificación y posibilita la interpretación del contenido estructural y artefactual, dando precisas razones de los ciclos de erosión y estratificación, capaz de construir finalmente la matriz iluminadora de la formación y la recepción de un texto a través de la flecha el tiempo.

Los primeros problemas a los que se enfrenta, sin embargo, el estudioso de Solino aparecen ya a la hora de reconstruir su biografía: ¿quién fue o en qué época vivió? Poco sabemos de una cosa y de la otra. Por la lengua y por el talante de la obra no podemos precisar sino que nuestro autor escribió entre finales del siglo III y la primera mitad del siglo IV, sin poseer la certeza de si existieron una o dos versiones del texto. De hecho desconocemos incluso el título que originariamente tuvo la obra y es Adhelmo de Malmesbury el primer testimonio, año 709, que se refiere a la obra como *Collectanea rerum memorabilium*, aunque si la segunda carta dedicatoria que acompaña a los manuscritos es auténtica lo correcto sería titular el compendio *Polyhistor* (*El erudito*). La obra satisfacía una afición de época hacia los motivos *de mirabilibus*, la curiosidad de un lector al que no repugnaba el mezclar la geografía, la botánica, la gemología... con los prodigios y las paradojas y que gustaba de los tratados de *chorographia* comparada que recorrían el mundo en forma de periplo: partiendo de Roma se bordea el Mediterráneo —expresión creada por Solino—, se recorre la costa

africana desde Mauritania hasta Etiopía, se alcanza la lejana Asia y finaliza Solino su periégesis en las Hespérides y las islas Afortunadas.

Cuando intentamos en cambio discernir cuáles fueron las fuentes utilizadas por Solino nos adentramos en el aspecto más problemático del compendio y por el que el autor ha sido más severa e injustamente juzgado. L.D. Reynolds y N.G. Wilson han llegado a hablar del *saqueo de Plinio y Mela por Solino*, un juicio que como hemos visto se inspira en la edición de Mommsen³. Lo habitual ha sido negarle al autor la más mínima originalidad, pero a menudo se pierde de vista que el eclecticismo, el oficio del epitomista o del compilador reclaman de no poca habilidad y originalidad. Mommsen, como se nos recuerda en la introducción, vio en la *Collectanea* una oportunidad de oro para demostrar la eficacia de la crítica textual de Lachmann, a quien su aplicación a Lucrecio le había dado excelentes resultados. Se trataba de llevar a cabo la reconstrucción stemmática y lanzarse a la búsqueda del arquetipo original o de la fuente única. Mommsen fue categórico en sus conclusiones: Solino había epitomizado a Plinio casi en las tres cuartas partes de su texto y había añadido algunos pocos párrafos de Mela. Con P. Mirsch⁴ se sumaban a las fuentes de Solino los *Prata* de Suetonio, de quien nuestro autor habría obtenido las citas de Varrón.

Sin embargo, Mommsen, en su segunda edición de 1895, creyó hallar otras dos fuentes de la *Collectanea*, la identificada como un tratado cronográfico de Boco, redactado en tiempos de Claudio, de nuevo su vía de acceso a Varrón, mientras que los datos corográficos habrían sido obtenidos de una fuente desconocida que Mommsen denominó *chorographia Pliniana*, extendida ya en época de los antoninos.

3. *Copistas y filólogos*, Madrid, 1995, p. 39.

4. *De M. Varronis antiquitatum rerum humanarum libris XXV* (Leipziger Studien, 5), Leipzig, 1882, p. 68-73.

Para G.M. Columba⁵, sin embargo, la fuente originaria no era Plinio sino algún tratado previo a la *Historia Natural*, construyendo un débil armazón interpretativo que hacía intervenir en el proceso de gestación de *El erudito* una primera *chorographia varro-sallustiana*, una extensa periégesis, un epítome de una *chorographia ignota*, especialmente para los incisos fabulosos y paradoxográficos, y finalmente unos extractos de esta última, de autor desconocido, y a la que Columba denominó *compilador soliniano*. Se reducían, pues, al mínimo los préstamos de Plinio y se buscaba una fuente común a ambos autores.

Hoy, en cambio, «afortunadamente, después de tantas conmociones se ha abierto paso la antigua idea de Salmasio —autor de una edición del 1629— sobre la influencia de Plinio y Mela en la elaboración de la *Collectanea*» (p. 43), a saber, que Solino tuvo ante sus ojos a Plinio, a Mela, quizás los *Prata* de Suetonio, a Lucano y a alguna que otra fuente adicional. Esta simple aplicación de la navaja de Occam, como nos recuerda el traductor, halló su confirmación en la demostración inapelable de F. Rabenald⁶ sobre los libros de la *Historia Natural* compendiados por Solino, en especial los tratados geográficos, de antropología y fisiología humana, de zoología, así como la parte de la botánica relativa a los árboles y arbustos foráneos. Mientras que la corografía de Mela se habría utilizado como complemento de corrección o precisión y para ilustrar las curiosidades etnográficas. Por lo que respecta a los aires varronianos la fuente sería Suetonio, si bien E. Diehl⁷ recordó el riesgo de la utilización

ad hoc de los *Prata* como fuente de todas aquellas noticias que no se hallaban ni en Plinio ni en Mela. Por ejemplo, C. Salemne⁸ ha demostrado los débitos de Solino con la *Farsalia* de Lucano, especialmente en lo que respecta a las serpientes africanas, y cómo nuestro autor, sirviéndose de un tratado naturalista que no estamos en condiciones de determinar, corrigió al sobrino de Séneca. Finalmente, el profesor Fernández Nieto ha descubierto que Solino, además de seguir a Lucano en más pasajes que los señalados por Salemne, en los párrafos relativos a la antigua Macedonia y a la historia de su casa real, no bebe en el *De regibus* de Suetonio sino que sigue fielmente la secuencia establecida por Pompeyo Trogo en sus *Historias Filípicas* y es muy probable también que cotejase el *De animalibus* del autor de la Galia Narbonense. A todo ello debemos sumar los nuevos hallazgos de imprevistas salustianas, que aumentan las descubiertas por H. Dressel⁹, y quizás los préstamos de Lucrecio, Cicerón, Cornelio Nepote, Valerio Máximo, Tácito, Veleyo Patérculo¹⁰ y, finalmente, un escrito paradoxográfico no identificable para los fenómenos asombrosos. En definitiva, y como se nos recuerda en la introducción, hay que superar definitivamente ya los buenos tiempos de la fuente única (*Einzelquelle*) y ser prudentes con los hallazgos de manuscritos arquetípicos, ya que lo habitual es que las tradiciones sean abiertas y no cerradas, un a priori a superar de la teoría stemmática.

En cuestiones de estilo Solino gustó de los arcaísmos, de las concesiones al latín tardío y de dejarse seducir por la influencia de modelos clásicos como Virgilio. Pero si cabe

5. «Le fonti di Giulio Solino», *Rassegna di Antichità Classica* 1 (1896), 7-32; 105-115; id., «La questione soliniana e la letteratura geografica dei Romani», *Atti della Reale Accademia di Scienze, Lettere e Belle Arti di Palermo*, XI, 3, 1917-1919 [1920].
6. *Quaestionum Solinianarum capita tria*, Dissert., Halle, 1909.
7. *RE X* 1, cols. 823-838, s. v. *Julius* (492).
8. «Varia iologica», *Vichiana (N.S.)* 1 (1972), 338-343.
9. *De Isidori Originum fontibus*, Diss. Gotinga, 1874 (= *Rivista di Filologia* 3 [1875], 247-248).
10. El autor aumenta así el número de préstamos descubiertos por E. Klebs, «Entlehnungen aus Velleius», *Philologus* 49 (1890), 298-299.

destacar un àmbit en el que la *Collectanea* brilla con intensitat es en el de su influjo en la posteritat. La lista de nombres inspirados por Solino en toda la tradici3n es larga y el lector hallar3 un compendio completo en las p3ginas de la introducci3n, pero puestas a resaltar algunos autores quiz3s sea imperativo nombrar a Amiano Marcelino y Agust3n, a Prisciano, Jordanes e Isidoro de Sevilla; saltando el a3o 1000, a Juan Escoto Er3gena, Juan de Salisbury, Alberto Magno y Roger Bacon; y ya en el renacimiento a Salutati, Bocacio y Poliziano. El 3ltimo gran nombre de la historia de la literatura universal que recibid3 alguna influencia de Solino fue Gustave Flaubert en su *Tentaci3n de San Antonio*.

A veces somos todav3a renuentes a admitir p3blicamente que nuestras ciencias de la antigüedad cuentan con nombres que pueden mirar a los ojos a un britano, a un germano, a un galo o a un italo. Todav3a no

hemos superado del todo un cierto complejo de inferioridad que se amaga latente en nuestro inconsciente y lo peor es, sin duda, que el pecado de la envidia reprime todav3a muy a menudo los juicios laudatorios. Si el lector opta por negarle a Solino un puesto en el limbo del infierno, que al menos se deje llevar del car3cter recreativo y erudito de la *Collectanea*. En uno u otro caso, cuando finalice su lectura y, sin apresurar nunca el viaje, desembarque en su Ítaca o en su Olisip3n, se sentir3 reconfortado por todo lo aprendido en el camino, siendo desde entonces depositario de la certeza de que ante esta traducci3n y comentario de Solino nos hallamos, sin vacilaciones, frente a un aut3ntico *hecho memorable*.

Manel Garc3a S3nchez
Universitat de Barcelona
CEIPAC

BURKERT, Walter. 2001.

Kleine Schriften I. Homerica.

(Hypomnemata. Supplementband-Reihe, Bd. 2). Herausgegeben von Christoph Riedweg in Zusammenarbeit mit Franziska Egli, Lucius Hartmann und Andreas Schatzmann
G3ttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
ISBN: 3-525-25235-8.

Amb motiu del setant3 aniversari de Walter Burkert ha aparegut el primer dels vuit volums que han d'aplegar el gruix principal dels escrits breus del fil3leg alemany (articles, contribucions en diccionaris, *Abhandlungen*...). El recull no 3s exhaustiu, perquè estem davant d'un científic extraordinariament productiu (vegeu la formidable bibliografia que clou el volum: p. 234-256). I a la vista de les confer3ncies pronunciades el passat 2001 als Estats Units (Philadelphia i Princeton, que jo s3piga), sembla clar que Burkert pot continuar encetant nous camins.

Aquest volum inclou disset contribucions que aborden, des de punts de vista diversos, l'obra hom3rica (*Il3ada*, *Odissea*, *Himnes*). Dissortadament, l'ordre que ha seguit l'editor no 3s cronol3gic (no entenem el criteri que regeix el recull), la qual cosa fa dif3cil de traçar una l3nia en l'evoluci3 dels interessos de l'autor. I, m3s greu encara, no permet de situar la seva activitat dins l'escenari científic en qu3 aquesta 3s produïda. En efecte, s'ha d'assenyalar la intuïci3 de Burkert a l'hora d'insinuar futures vies de recerca que la filologia cl3ssica, amb reflexos sovint retardataris, ha consolidat